

**Universidad de la República**  
**Facultad de Psicología**  
**Instituto de Fundamentos y Métodos en Psicología**

**Trabajo Final de Grado**  
**Artículo de revisión científica**

**El Trabajo en los procesos subjetivos e identitarios en la Hipermodernidad**

**Nombre: Gisela Bula**

**C.I 4.256983-2**

Tutora: Prof. Agr. Clara Betty Weisz

Revisora. Dra. Ana María Araújo

**Montevideo, Uruguay**

**Julio 2015**

# ÍNDICE

<b>Resumen.....</b>	
<b>Introducción.....</b>	
<b>Trabajo, subjetividad, vida cotidiana e identidad.....</b>	
<b>Modernidad, trabajo e identidad.....</b>	
<b>Posmodernidad; fragmentación posmoderna.....</b>	
<b>Crisis en la región; desempleo y transformaciones en la subjetividad...</b>	
<b>Hipermodernidad; identidades polarizadas.....</b>	
<b>Trabajo precario e incertidumbre en la hipermodernidad.....</b>	
<b>Consideraciones finales; precariedad laboral construcción de la subjetividad en la hipermodernidad.....</b>	

## **El trabajo en los procesos identitarios y subjetivos en la hipermodernidad.**

### Resumen

En este artículo se profundiza en el análisis de las nuevas organizaciones del trabajo que se generan a partir de la posmodernidad e hipermodernidad. Estas nuevas organizaciones traen aparejadas la precariedad en las condiciones de trabajo, repercusiones y efectos que atraviesan la trama social y la subjetividad e identidad de los trabajadores. Se hace énfasis en la dimensión psicosocial de los trabajadores precarios.

Este trabajo enfatiza la precariedad porque es lo que prevalece en la actual sociedad hipermoderna, y a su vez se contrapone a otros momentos sociohistóricos.

Se toma en consideración la repercusiones que trajo para los trabajadores la crisis del año 2002 en Uruguay, y partir de allí, la incertidumbre laboral se ubica como eje central, así como la inestabilidad y la precarización.

Las repercusiones de la nueva organización del trabajo construyen nuevas subjetividades. Asimismo, el modo en que se vive la precariedad está atravesado por diferentes factores, entre los que se incluye el contexto social, económico y cultural.

Para realizar este análisis, se hace necesario efectuar un recorrido que contemple las diversas transformaciones del trabajo en los diferentes momentos sociohistóricos, comenzando desde la modernidad hasta la actual hipermodernidad.

**Palabras clave:** hipermodernidad, trabajo precario, subjetividad

## **Introducción**

En el presente artículo se plantea una recorrida histórica acerca del proceso de transformación del trabajo en el transcurso del tiempo en Occidente, a partir de la modernidad, la fragmentación posmoderna y las características que asume la hipermodernidad actual. Si bien se identifican y analizan diferentes momentos sociohistóricos, la realidad es mucho más compleja ya que coexisten y se superponen.

A lo largo de todo este recorrido por los diferentes momentos históricos -modernidad, posmodernidad e hipermodernidad-, el eje central se ubica en la dimensión psicosocial, haciendo énfasis en las transformaciones en la subjetividad e identidad de los trabajadores precarios de la hipermodernidad. Mientras en la modernidad la identidad es sólida, luego se fragmenta en la posmodernidad y se polariza en la hipermodernidad.

En la modernidad se crea determinada construcción de subjetividad; el trabajo era vivenciado, desde el imaginario colectivo, como un deber que garantizaba estabilidad y certeza. La representación social del progreso se vincula a la ciencia. En este momento histórico, se tiende a una homogeneidad normalizadora y al disciplinamiento.

Por su parte, en la posmodernidad los conceptos explicitados anteriormente se empiezan a “romper”, los trabajadores tuvieron que adaptarse a las nuevas organizaciones del trabajo y a la tecnologización imperante, así como a la flexibilidad y la tercerización. Esto impactó en las construcciones identitarias, que comienzan a resquebrajarse y fragmentarse.

A los efectos de profundizar en el análisis de los cambios subjetivos e identitarios producidos a partir de la crisis del 2002, el presente artículo retoma del libro de Ana María Araujo (2004) “Impactos del desempleo. Transformaciones en la subjetividad”, las repercusiones que atravesaron la trama social y la subjetividad de los trabajadores.

El desempleo y la precariedad laboral que han impactado en la subjetividad e identidad de dichos trabajadores pertenecen a un momento histórico que podemos pensar como “bisagra” entre posmodernidad e hipermodernidad. Durante el año 2002, en Uruguay los efectos de la hipermodernidad apenas comienzan a visualizarse para estos trabajadores, que a su vez traían consigo lógicas y preceptos muy vinculados al trabajo en la Modernidad.

Una vez reconstituida esta crisis, el desempleo deja de estar en un rol central; la incertidumbre laboral se ubica entonces en un primer plano, junto a la precarización del trabajo y los modos de organización del mismo.

La hipermodernidad trae aparejada la vertiginosidad del tiempo, la transformación tecnológica, la precariedad y flexibilidad laboral, incertidumbre, inestabilidad, competencia y la búsqueda de la excelencia, el individualismo exacerbado, así como también nuevas formas de organización del trabajo. Es pertinente tomar la precariedad laboral como eje central de análisis ya que es lo que predomina en el momento actual.

Cabe destacar que los efectos de la misma van marcando fuertemente la subjetividad, generando importantes transformaciones identitarias. La forma en que esta precariedad es vivenciada depende en gran medida de las primeras experiencias laborales de acuerdo al contexto, así como de la singularidad del psiquismo de cada trabajador, del factor socio-económico, la franja etárea, los valores que se transmiten de generación en generación dentro de las familias, entre otras.

Se considera pertinente comenzar a conceptualizar el trabajo desde la modernidad, en la medida en que es una referencia directa de la hipermodernidad, ya que se hará énfasis en el sujeto hipermoderno, y específicamente en la identidad y dimensiones psicosociales del trabajador precario.

#### Trabajo, subjetividad, vida cotidiana e identidad

Es pertinente comenzar a partir de la conceptualización del término Trabajo; el mismo consiste en un proceso que acontece entre el hombre y la naturaleza. Marx plantea que la sobrevivencia de todos los seres vivos depende del intercambio entre la naturaleza y el hombre, pero para que

este intercambio sea considerado trabajo, debe estar caracterizado por una actividad que transforme los materiales naturales, y que, a diferencia de la conducta animal, tenga el carácter de ser planificada con anterioridad, es decir que tenga un propósito previo al que dirige su voluntad (Riesnik, 2001)

Es que "... con el desarrollo de la capacidad de representación, del lenguaje y de la comunicación por medio de los signos que le corresponden, el hombre puede transmitir y delegar la ejecución de un trabajo" (Riesnik, P.; 2001; pg.12).

Según Marx y Engels (s.f)

El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida. Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza. (pp.216-217)

A lo largo de la historia, el trabajo se ha ido transformando, cambiando la organización y los modos de producción, usualmente a beneficio de las necesidades del sistema imperante, buscando maximizar el capital. La modernidad, trae aparejado un modo específico de disciplinamiento, control que se ejerce sobre la clase trabajadora, en el marco del conflicto capital-trabajo. Se intenta minimizar la interacción entre los trabajadores, ya que se presupone que esto implicaría un peligro para el mantenimiento del sistema de dominación (porque se cuestionaría el sistema por oponerse a sus intereses como clase obrera). Aunque se intentó controlar la interacción de los trabajadores igualmente surgió la sindicalización, como modo de reivindicación de sus derechos con gran conciencia colectiva.

Con el tiempo, se han ido gestando nuevos cambios en los aspectos organizacionales del trabajo. Estas transformaciones dan cuenta, a su vez, de cambios en la modalidad de funcionamiento del sistema capitalista.

Al decir de Neffa (2003), con el transcurso del tiempo, el disciplinamiento deja de estar solamente focalizado en el cuerpo, requiriendo una movilización mental, psíquica. Se mantiene el fin capitalista de aumentar la ganancia, pero se modifican los medios; las exigencias de los empleadores van dirigidas a una movilización en lo subjetivo interno de cada trabajador; "...los trabajadores, debido a las presiones de los empleadores para que movilicen su subjetividad con el fin de aumentar la productividad y la rentabilidad empresarial, viven una fuerte tensión en pos de su identidad y realización personal (...)" (Neffa, J.; 2003; p. 235)

Entonces, la dimensión trabajo integra lo histórico y lo cultural, por lo tanto la significación del mismo está estrechamente vinculada al contexto sociohistórico. Así como también el trabajo es el organizador de la vida cotidiana, abordar en profundidad las características que adquiere y sus transformaciones, resulta fundamental para comprender los procesos subjetivos e identitarios.

El trabajo le otorga al sujeto un lugar en la sociedad, es una de las dimensiones principales y centrales en el entramado social, posee un carácter integrador, fomenta la participación en lo social, tiene el cometido de otorgar una identidad personal y social a las personas. En esta línea, la identidad se construye, en gran parte, por medio de la acción de trabajar, usualmente se nos identifica con la actividad laboral y a través del trabajo se va construyendo lo identitario. La relación de reconocimiento mutuo es primordial en ese proceso, en el momento que se reconoce a un otro y ese otro me reconoce, se va construyendo identidad.

Por otro lado, si bien se destaca su carácter de central e integrador de los sujetos, el trabajo presenta además un aspecto que alude a la explotación, la alienación y el malestar. Esto se hace aún más evidente en aquellas situaciones en que el trabajo se precariza, con las consecuencias psicosociales que esto trae aparejado.

En un sistema neoliberal, regido por el interés económico de la clase dominante, el trabajador suele someterse a tareas de explotación que muchas veces no lo integran al entramado social, e incluso lo excluyen de ciertas actividades de disfrute esenciales para el sano desarrollo psíquico. Cuando esa imagen que identifica al trabajador, ese “quien soy” basado en el rol que pueda desempeñar como trabajador, está sustentado en relaciones laborales de poder, de explotación, sometimiento y vulneración de los derechos, también va a significar un conflicto en la vida, que no solo se limita al horario laboral que esté destinado a cumplir, sino que lo trasciende. El rol que desempeña como trabajador no solo lo identifica dentro del ámbito laboral, sino también fuera de él, determinando su identidad y su lugar como ser social dentro de una comunidad.

Según Torregrosa, “la identidad, antes que experiencia de la propia continuidad, de reflexión o conciencia de sí, es identificación... Pero, no identificación con los otros, sino identificación desde los otros” (Agulló, 1998, p. 156) Al decir de este autor la identidad es entonces, identificación. Entonces es un otro quien define la identidad, previamente a la conciencia de sí hay una conciencia del otro que me devuelve una imagen de quien “soy”, me reconozco en mi identidad a partir de los otros que me definen y constituyen. La identidad se construye a través de las relaciones sociales, en la interacción con otros por medio de procesos sociales. Esas relaciones sociales exceden lo meramente discursivo, son relaciones de producción, de poder. El vínculo laboral del sujeto determina no sólo el rol que ocupa en el entramado social, sino además su identidad (Agulló, 1998)

Las transformaciones que se dan en el mundo de trabajo atraviesan y construyen procesos de subjetividad e identidad en los individuos, en lo que hace al atravesamiento en sus prácticas cotidianas, y en la producción de sentidos con respecto a su trabajo. Estos procesos subjetivos dan sentido a nuevas formas de pensar, sentir y hacer en diferentes momentos sociohistóricos.

Estos procesos subjetivos, caracterizados por las transformaciones psicosociales, no son algo nuevo sino que son una constante histórica; el sistema social se va modificando en función de las percepciones de los individuos; sistema e individuo son inseparables en este proceso de cambio (Sánchez Vidal, 2002).



Cada persona a través de la cotidianidad va armando un entramado de relaciones y de esa manera va construyendo subjetividad, es decir maneras de actuar sentir y pensar en el mundo; esto crea identidad, este proceso se va desarrollando en base a ciertos componentes esenciales como son las diferentes dimensiones en las que estamos inmersos.

Si bien el mundo del trabajo ha transitado por diversas transformaciones a lo largo de los diferentes momentos sociohistóricos, el mismo ha sido central en la vida de los sujetos, cobrando relevante significación desde su rol de creador de subjetividades y procesos identitarios.

El hecho de que el trabajo sea una de las actividades centrales en nuestras vidas, no se da por mera casualidad; a lo largo del tiempo, desde lo social se han ido generando nuevos satisfactores para las necesidades humanas fundamentales (Max Neef, 1993), pasando a ser el consumo de determinados productos o servicios, e incluso el desempeño de determinada tarea en lo laboral, un satisfactor de la necesidad de reconocimiento.

Por un lado, esto explica que el trabajo sea la principal actividad en nuestras vidas, muchas veces las actividades que desempeñamos como empleados tienen más que ver con la remuneración que pueda recibir de esas actividades, que con lo placentera que pueda significarnos la misma. El trabajo es llevado a cabo por individuos que se constituyen como sujetos sociales en relaciones de poder que van variando, estas relaciones conforman uno de los ejes del sistema de clases.

Según Freud (1920):

(... ) ninguna otra técnica de conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la insistencia en el trabajo, que al menos lo inserta en forma segura en un fragmento de la realidad, a saber la comunidad humana. La posibilidad de desplazar sobre el trabajo profesional y sobre los vínculos humanos que en él se enlazan una considerable medida de componentes libidinosos, narcisistas, agresivos y hasta eróticos le confieren un valor que no le va a la zaga a su carácter indispensable para afianzar y justificar la vida en sociedad (...) La actividad profesional brinda una satisfacción particular cuando ha sido elegida libremente, o sea, cuando permite volver utilizables mediante sublimación inclinaciones existentes, mociones pulsionales proseguidas o reforzadas constitucionalmente. No obstante, el trabajo, es poco apreciado, como vía hacia la

felicidad, por los seres humanos. Uno no se esfuerza hacia él como hacia las otras posibilidades de satisfacción. La gran mayoría de los seres humanos sólo trabajan forzados a ello, y de esta natural aversión de los hombres al trabajo derivan los más difíciles problemas sociales. (p. 80)

### Modernidad, trabajo e identidad

A partir de la Revolución Industrial surge el período denominado Modernidad, con determinadas características; ideologías globales, “estabilidad”, “solidez”, instituciones que son organizadas de forma vertical. Este período se da en Occidente, como un modelo fabril que cobró tanta relevancia que invisibilizó a otras formas de trabajo (la fábrica pasa a ser el modelo hegemónico, imperante en la época).

A nivel social, predomina la organización del Estado-Nación en la cual se centra la economía política. Se le da mucha importancia a la ciencia y a la tecnología, primando la razón sobre lo mitológico, lo religioso y lo incivilizado.

Surgen fuertes ideales, como los de igualdad, progreso, evolución; esta sociedad estaba permeada por una gran idealización al deber, acrecentándose la obediencia absoluta al mismo (Lipovetsky, 1994).

Este paradigma construye una idea del trabajo como un deber ser, deber que a su vez por ser idealizado transforma la labor en un motor del progreso, bastando el trabajo por sí solo para garantizar la estabilidad y el crecimiento, en donde el sacrificio y la abnegación que traía aparejado el mismo no se cuestiona. La identidad del trabajador moderno se construye en base a estos ideales, conformando un sujeto con altos márgenes de seguridad pero estrecho margen de libertad, pero que a su vez no padece la problemática de la incertidumbre ya que los modos de producción le otorgan estabilidad y seguridad; ya estaba prácticamente todo determinado, era una sociedad con gran disposición al orden y el trabajo era el garante del progreso.

El ser humano moderno traía consigo un conjunto complejo de deberes hasta antes de nacer, los mismos fueron organizando tanto a nivel colectivo como a nivel individual la estructura de los sujetos.

Surge el proletariado y el burgués como clases sociales, en el cual el modo de relacionamiento de dichos actores es totalmente diferente a la forma de producción feudal; estos trabajadores no tienen dependencia jurídica y son asalariados. Las sociedades modernas se caracterizan entre otros componentes por la producción industrial, tienen una gran tendencia a la homogeneidad, son sociedades organizadas con identidades estables basadas en el orden y el progreso.

La fuerza de trabajo era remunerada con un salario; este le propiciaba al trabajador determinados derechos y le permitía integrarse socialmente “El estatuto de salariado en tanto soporte de identidad social e integración comunitaria” (Castel, 1977, p.271) le propiciaba al sujeto un lugar en la sociedad además de otorgarle identidad obrera.

Tanto burgués como proletario fueron los personajes representativos del capitalismo industrial, construyendo identidades homogéneas.

El trabajo pasa entonces a convertirse en un deber social; en el medio principal de contribución y vinculación social. La actividad laboral se vuelve clave en las sociedades modernas, promoviendo al trabajo como actividad central en la vida y en la sociedad, el mismo pasa a ser un instrumento para poder vivir.

“El Progreso, la Razón y la Ciencia son los paradigmas fundantes de una sociedad donde el individuo es el centro, y el trabajo y la educación pautan el ascenso social seguro, la estabilidad vincular, el consumo incipiente como fantasma y ficción de la “realización individual”... de la “felicidad”...” (Araújo, 2013, p 5)

Las instituciones cumplían un rol esencial ya que brindaban contención, orden y seguridad a los sujetos, el estado era “normalizador” de las prácticas sociales y era garante de estabilidad y solidez. El trabajo tuvo un peso importante ya que instauró el modo de producción industrial; las

identidades se constituían en base a estos parámetros, orden progreso y productividad, para lo cual se trató de organizar la sociedad de una manera lo más racional posible.

Los grandes talleres y fábricas eran el modelo del trabajo en la época moderna. En estos espacios, surge el ejercicio de la disciplina como dispositivo de poder; se trata de un dispositivo de coacción, en donde se despliega una nueva forma de vigilancia, donde la mirada juega un rol central. Se aplican técnicas sobre los cuerpos que generan efectos de poder. Se instala un tipo de vigilancia donde se ejerce un control intenso y continuo, que se da no sólo sobre la producción sino fundamentalmente sobre la actividad del trabajador. La vigilancia pasa entonces a formar parte del proceso de producción. Los cuerpos son atravesados por una nueva “mecánica del poder”, una disciplina que fabrica cuerpos dóciles, sometidos y ejercitados. Se disocia el poder del cuerpo; las fuerzas del cuerpo son aumentadas por la disciplina, con fines económicos, pero a la vez son disminuidas en su carácter político y de obediencia (Foucault, 2003)

La fábrica explícitamente se asemeja al convento, a la fortaleza, a una ciudad cerrada; el guardián "(...) no abrirá las puertas hasta la entrada de los obreros, y luego que la campana que anuncia la reanudación de los trabajos haya sonado"; un cuarto de hora después nadie tendrá derecho a entrar; al final de la jornada, los jefes de taller tienen la obligación de entregar las llaves al portero de la manufactura que abre entonces las puertas. Se trata, a medida que se concentran las fuerzas de producción, de obtener de ellas el máximo de ventajas y de neutralizar sus inconvenientes (robos, interrupciones del trabajo, agitaciones y "cábalas"); de proteger los materiales y útiles y de dominar las fuerzas de trabajo: "El orden y la seguridad que deben mantenerse exigen que todos los obreros estén reunidos bajo el mismo techo, a fin de que aquel de los socios que está encargado de la dirección de la manufactura pueda prevenir y remediar los abusos que pudieran introducirse entre los obreros y detener su avance desde el comienzo..." (Foucault, 2003, pg 234-35)

Los dispositivos, cárcel, hospital, fábrica, son lugares de encierro, los mismos fueron utilizados para que el capitalismo se pudiera afianzar y consolidar. En las fábricas de grandes dimensiones, emblemas del trabajo moderno, se aplica la disciplina como modo de control y disciplinamiento de los cuerpos, con el fin de lograr una mayor y mejor productividad. Con este propósito, se localiza

específicamente y aísla a los trabajadores, minimizando el contacto entre ellos (ya que esto implicaría una amenaza para el sistema imperante). Los obreros tenían que enfrentarse a extensas horas de trabajo con tiempos rutinizados y controles estrictos. Es precisamente en éste contexto en que surge, en el universo del trabajo, como reacción ante el Capitalismo, la sindicalización, como modo de reivindicación de los derechos sindicales y una conciencia colectiva que marcaba identidad, en el cual se luchaba por mejorar las condiciones de trabajo, por aumentar los salarios y el repudio a la disciplina represora.

En este contexto se iban constituyendo subjetividades e identidades; los roles en la modernidad estaban conformados claramente por el burgués y el proletariado, con un componente identitario homogéneo y claro. En lo que refiere a los obreros, se constituían identidades colectivas con un gran sentimiento de pertenencia, surgiendo la sindicalización como expresión de la reivindicación de sus derechos, estas demandas por parte de los trabajadores servían a su vez para reforzar la identidad de la clase obrera.

La homogeneidad se puede visualizar además en relación a los diferentes actores sociales, que comparten incluso el mismo ámbito; el patrón se halla presente en la fábrica, compartiendo tanto burgués como proletario el mismo espacio físico.

Cabe destacar entonces que en la modernidad, la dimensión laboral cobra un doble sentido, en donde por un lado oficia como fundante de identidad y por otro de organizador de la vida social. Los capitalistas son los propietarios de los medios de producción y, por lo tanto, de las mercancías producidas por los trabajadores asalariados, estos últimos no poseen en propiedad los medios de trabajo que le permitan adquirir por su cuenta sus medios de vida, en ese aspecto se genera una división que los identifica en distintas posiciones que determinan ciertas relaciones de poder. La identidad de la clase burguesa se manifiesta en el afán por perpetuar su propiedad sobre los medios de producción, por los cuales obtienen sus privilegios y se posicionan en cierto nivel socio económico favorable, nivel que obtienen a través de la explotación de la mano de obra del proletariado.

Por otra parte, la identidad de la clase obrera se manifiesta en dependencia de la clase capitalista para obtener sus medios de vida, y a su vez por la lucha constante contra esta misma clase dominante que se enriquece con el trabajo de los obreros. Se puede decir que, bajos salarios, ausencia de derechos laborales, dependencia del obrero respecto al empleador, malas condiciones de trabajo, han sido característicos de esta época y han definido la lucha del movimiento obrero en reivindicación de sus derechos, pero estas condiciones no son exclusivas de este periodo, sino que prácticamente se extiende a lo largo de la historia del capitalismo; lo que van cambiando son sus estructuras, las resistencias o adaptación a las mismas.

### Posmodernidad: fragmentación identitaria

Sobre las últimas décadas del Siglo XX, en Occidente se puede visualizar lo que se llamó pasaje posmoderno; se trata de un período temporalmente corto pero significativo, de aproximadamente 20 años, que se caracterizó por la deconstrucción de los paradigmas de la modernidad, y por tanto, generó grandes transformaciones en la subjetividad.

Inicialmente, se gesta en los países del norte, llegando a América Latina alrededor de la década del 90', predominando en las clases altas, en jóvenes y adultos. Estas transformaciones luego permearon a toda la sociedad.

Si bien se sigue en el modo de producción capitalista, cambia el modo de acumulación hacia la preeminencia del capital financiero y por tanto, se modifica la organización del trabajo. Dichos cambios transforman los vínculos interpersonales, las relaciones sociales adoptan otras formas.

Con el advenimiento del neoliberalismo, en este período comienzan a gestarse y desarrollarse procesos que luego se potenciarán en la hipermodernidad.

Surgen nuevos procesos asociados a nuevos fines y legitimidades sociales, se reivindican los valores hedonistas y se respetan las diferencias, también se da culto a la liberación personal, a los momentos de relajamiento, al humor, a la libre expresión de las personas, se le da suma

importancia a la autonomía, dejando de lado el ideal que se instaló en la edad democrática autoritaria (Lipovetsky, 1986).

Es la era del relativismo donde todo vale o todo puede acontecer, el sujeto ya no se regía por un solo modo de vida sino que podía optar por una diversidad de opciones, en este pasaje posmoderno se percibe una falta de credibilidad e interés a las cuestiones colectivas, dando cabida al individualismo exacerbado. Esto es muy significativo para la constitución de identidad ya que la misma se construye en lo relacional.

Una de las transformaciones más importantes de la posmodernidad se da a nivel del plano subjetivo; surge un nuevo modo de vivir la vida, distinto al de la modernidad. (Lipovetsky 1986) dice (...) “ya ninguna ideología –política es capaz de entusiasmar a las masas, la sociedad posmoderna no tiene ídolos ni tabú, ni tan sólo imagen gloriosa de sí misma, ningún proyecto histórico movilizador, estamos ya regidos por el vacío, que no comporta ya ni tragedia ni apocalipsis” (...) (pp.9-10)

“El Narciso de la Modernidad va dando lugar a un nuevo dios, representante de ese momento histórico (...) llamado Posmodernismo (...) Narciso Flexible, libertino, desafectado de compromisos políticos o ideológicos.” (Araújo, 2013, p.29)

Por primera vez en la historia hay una caída muy fuerte del deber; hasta este momento, los sujetos se regían por un sentido del deber muy potente: deber al trabajo, a la familia, al estado, toda una vida construida en base a este paradigma donde estaba todo predestinado.

A diferencia de la modernidad en que el sujeto mantenía el mismo trabajo durante “toda su vida”, siendo la dimensión laboral una certeza incuestionable, que otorgaba seguridad, en este período sociohistórico comienzan tambalear estas certezas. Ya no se vive con la seguridad de mantener el mismo trabajo. Surge específicamente en el ámbito laboral, la era del relativismo: todo vale, o todo puede ser. Las certezas modernas dan paso a la incertidumbre posmoderna.

El modo de inserción laboral a través del empleo asalariado tradicional y el puesto de trabajo pierden fuerza ya no tiene el mismo sentido, en este período predomina lo informal, la flexibilidad

y la precariedad, las tercerizaciones, limitando además la empleabilidad, comienzan a aparecer numerosos empleos con una alta rotación de los trabajadores inclusive en el mismo lugar de trabajo.

Surge entonces un nuevo modo de entender al mundo laboral; se crean una diversificación de opciones en donde todo puede ser; las identidades se fragmentan y se subdividen, se expresan de una manera distinta a lo que se venía dando, no hay un componente identitario homogéneo sino por el contrario; se constituyen múltiples identidades. Con el advenimiento de las nuevas tecnologías los trabajadores experimentaron un gran nivel de incertidumbre teniéndose que enfrentar a novedades diariamente, adaptándose a las nuevas formas de organización del trabajo.

Esta heterogeneidad de las identidades, en que se diversifican las formas de vida y los medios de vida "(...) cuestionan las ideas totalizantes y las creencias inamovibles, así como la idea de identidades compactas" (Margel, 2010, p. 30) atraviesa el ámbito del trabajo, dando lugar al individualismo. Así como en el periodo de modernidad podíamos hablar de dos grupos bien distinguidos (proletarios y burgueses) cada uno de los cuales con sus particularidades e identificaciones, en la posmodernidad, los trabajadores deben adaptarse a nuevas dinámicas de organizaciones laborales que tienen un claro impacto en sus estructuras identitarias.

Los trabajadores se ven enfrentados a nuevas tecnologías, novedades y desafíos que surgen a diario en su cotidianidad, en donde hay una gran movilidad; esto genera incertidumbre, ya que no se sabe qué sucederá en el futuro, el empleo estable y seguro se empieza a desquebrajar.

Asimismo, las nuevas formas de organización del trabajo repercutieron en las identidades de las personas. Los trabajadores debieron adaptarse a las nuevas transformaciones; gestión, subcontratación, competitividad, tecnologías. A partir de estos cambios se generaron nuevas exigencias. Además, se gestó una mayor movilidad vertical y horizontal. La evaluación laboral se sustituyó por la concepción de competencia. (Margel, 2010)



Con las nuevas transformaciones en el mundo del trabajo que apuntan a lo precario, flexible, horarios rotativos y contratos a término, se empiezan a perder las referencias de los espacios compartidos, de esa manera se van fragilizando la construcción de identidades en lo que refiere a lo laboral. Cabe destacar que esta situación ha influenciado en las relaciones, debilitando los lazos interpersonales, fragilizando los grupos de pertenencia en el trabajo, por lo tanto las identidades se construyen y se deconstruyen de manera constante.

Con el individualismo exacerbado y los procesos de fragmentación se hace muy difícil establecer intereses y objetivos comunes, perdiendo fuerza la disposición de construcción de fuertes colectivos siendo que el mismo genera identidad social. “La flexibilidad reestructura y deconstruye relaciones laborales, crea nuevas territorialidades, nuevos mapeos, siempre en transformaciones tan rápidas que no dan tiempo de integrar una posible grupalidad. Construye y deconstruye nuevas subjetividades que no logran un tiempo (externo e interno) de crear nuevos colectivos.” (Araujo, 2013. p.38)

En década del 90’, específicamente en América Latina y a partir del advenimiento de las políticas neoliberales y la tecnología globalizada, se desarrolla una polarización social, en donde se establecen dos mundos radicalmente opuestos; el de los winners y el de los llamados perdedores (Weisz, 2012). Esta polarización se desarrolla en su máxima expresión en la hipermodernidad.

En este contexto, las transformaciones anteriormente explicitadas traen consigo la incertidumbre y la vulnerabilidad para todos los actores sociales. Más específicamente, en nuestra región se da una gran crisis que da cuenta de la vivencia de fragilidad y vulnerabilidad con que se atravesó este período, generando importantes repercusiones psicosociales para estos sujetos que mencionará a continuación.

#### Crisis en la región; desempleo y transformaciones en la subjetividad.

A inicios del nuevo milenio, en el año 2001, en lo más álgido de la crisis del neoliberalismo, surge en nuestra región una gran crisis, que tiene un fuerte impacto en los sujetos, sobre todo en lo laboral; el desempleo se presenta como un efecto de esta crisis. Los trabajadores, que en este

contexto quedan desempleados o en una precariedad laboral importante, si bien venían permeados por algunas lógicas culturales posmodernas, traían a su vez interiorizados fuertemente los principios y fundamentos de la Modernidad.

Si bien los efectos de dicha crisis han sido analizados fundamentalmente desde la dimensión económica, el presente artículo profundizará en la dimensión de la subjetividad, tomando como insumo la investigación “Repercusiones psicosociales del desempleo y la exclusión social”, aprobada y financiada, en 2002, por la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CISC) de la Universidad de la República, cuya responsable y coordinadora fue la Dra. Ana María Araújo. En dicha investigación se analizaron historias de vida de trabajadores que se encontraban en la franja etárea comprendida entre los 40 y 55 años de edad, de diversos sectores socioeconómicos de Montevideo urbano.

En la misma se hace énfasis en las repercusiones en la construcción identitaria de la clase media y obrera. Estos trabajadores han sido fragilizados, han vivenciado de manera singular la pérdida, ya que se trata de personas que trabajaron de manera formal, con trabajos estables, y que en cierto momento lo pierden y deben de adaptarse al nuevo contexto.

Las repercusiones más significativas en la subjetividad que han tenido estas personas se pueden nuclear desde lo individual en base a una importante herida narcisista, sentimientos de angustia, culpa y vergüenza, baja autoestima y aislamiento, así como también efectos en lo psicosomático. En lo que refiere a lo familiar, se genera una desestructuración, que en algunos casos conlleva además una desarticulación de los roles dentro de la familia, un desdibujamiento en donde los referentes normativos e identitarios se pierden. A nivel social, se quiebran lazos con otros grupos, el sentido de pertenencia se resquebraja, pudiendo llegar incluso a una ruptura total de vínculos con el colectivo social. Y finalmente a nivel simbólico, se generan nuevas pautas y códigos sociales, un nuevo imaginario social; en un mundo donde la imagen y la vertiginosidad del tiempo se vuelven factores definitorios de la identidad, la imagen de sí mismo del desempleado es la de “impotencia social” (Araújo, 2003). Nos encontramos ante lo que Bauman (2000) conceptualiza

como Sociedades liquidadas, donde las transformaciones y la fragilidad de los vínculos son una constante.

Tanto trabajo precario como desempleo generan impactos en el sujeto a nivel psicológico y social. La sustentabilidad a nivel económico se vio afectada, ya que al sufrir una incertidumbre constante, en algunos casos los sujetos se hallaron en un lugar de dependencia familiar y social.

Al aludir al término precariedad, se hace referencia a la precariedad de las condiciones de trabajo. Se lo define de esta manera por la incertidumbre que genera, debido a la imprevisibilidad en el trabajo, que excede lo meramente laboral atravesando la vida cotidiana de las personas. En algunos casos, se presenta asociado a la ausencia de protección social. (OIT, 2012)

El hecho de no tener un empleo estable generó en estos individuos ciertas transformaciones respecto a su identidad; el cambiar permanentemente de trabajos por necesidad, el no pertenecer a un grupo de trabajo más estable, entre otros componentes, afectó la construcción de identidad, generando inestabilidad emocional.

Entonces, se puede pensar que esta precariedad laboral deviene en una precariedad identitaria; generando en algunos casos sentimientos de frustración por no llegar a cubrir las expectativas socialmente esperadas de éxito.

Es importante destacar que estos sentimientos de los trabajadores precarios no se limitan a las vivencias de carencia material que se pueden dar en algunos de ellos, sino que trascienden a lo simbólico; el malestar es además consecuencia de la falta de reconocimiento social, la explotación, la exclusión constante que experimentan; todo esto provoca humillación, con las consiguientes consecuencias psíquicas de este sentir.

Las actividades que realizaron estos trabajadores, por ejemplo actividades zafrales, esporádicas, sin seguridad social, generó en ellos mucho sufrimiento, desánimo y frustración. Se trata de un sufrimiento que es provocado desde el exterior, por la misma sociedad que lo explota, excluye y estigmatiza, pero que a la vez es interiorizado por el sujeto. La precariedad, por tanto, produce inestabilidad y vulnerabilidad identitaria.

A su vez, se puede pensar algunas situaciones que afectan a estos trabajadores precarios a partir de un ideal del yo frágil o débil. En el caso de algunos trabajadores precarios, ante la situación de discriminación y malestar, en muchas ocasiones se culpan, responsabilizándose por una situación que no sólo no es producto de su voluntad, sino que además es creada, favorecida y sustentada por un sistema dominante capitalista al que le es funcional que esta situación se siga perpetuando. Es en estos casos en que podemos hablar de que “El ideal del yo formado sobre objetos amados está quebrado, fragilizado, muchas veces nos encontramos sólo con la culpa frente al superyó exigente...” (Benedetti, 2002, p. 191)

Sin embargo, este sistema capitalista es funcional a los intereses de la clase dominante; es en este sentido en que pretende fomentar la exclusión de unos y la inclusión de otros, ya que esta misma exclusión es garantía de que el sistema continúe funcionando con las mismas lógicas de sentido. A menor nivel educativo del trabajador, más fácilmente puede generarse el proceso de explotación-dominación.

El trabajo precario produce la desestabilización tanto de familia como de los propios trabajadores; los mismos están expuestos a abuso de autoridad, exigencias excesivas etc., esto provoca sentimientos de impotencia, injusticia falta de autonomía. Este tipo de empleos les genera Inseguridad e inestabilidad, en algunos casos la labor realizada les produce deshonra y vergüenza, ya que no estarían cumpliendo con lo esperado socialmente.

Dado el modelo que aspira a la excelencia, que es el idealizado socialmente, estos trabajadores no se sintieron valorados ni reconocidos, lo cual resultó en heridas identitarias; la posición que ocuparon en aquel momento en la sociedad fue percibida como desvalorizada, estos trabajadores precarios se enfrentaron a diversas problemáticas tanto sociales como personales; la lucha diaria por poder cubrir sus necesidades básicas y tener un lugar en la sociedad trae aparejado mucho sufrimiento.

Estos sujetos tuvieron que enfrentarse a la pobreza y al aislamiento, esto implica una importante herida narcisista, en un proceso en donde la misma sociedad los descalifica y no los toma en cuenta, y ellos a su vez se ubican en ese lugar desvalorizado que se les asigna.

Muchos de estos trabajadores sintieron angustia y tristeza, ante la dificultad para acceder a un trabajo estable que les brinde seguridad y confianza “la persona se siente fuera de sí tanto en el trabajo precario o informal que realiza (...) su cotidianeidad es el lugar de la enajenación. Se sienten extraños consigo mismos, se sienten que están muriendo lentamente, agónicamente” (Ruiz 2002, p.147) Estos sentimientos de no pertenencia y desvalorización atraviesan y constituyen la subjetividad e identidad de estas personas.

En muchas ocasiones parece ser que las mujeres son las más propensas a realizar trabajos precarios, a causa de lo cual sienten truncado el desarrollo de su autonomía y su realización personal. En algunos casos, la falta de educación formal y/o escasa capacitación hace aún más difícil la inserción laboral, sobre todo en las mujeres; género que tradicionalmente ha sido educado para la dedicación y atención de otros.

Sin embargo, desde el sistema dominante las tareas domésticas no remuneradas no se visualizan como un trabajo; de manera que la mujer desempleada que trabaja en su hogar pero no fuera, y por tanto no provee de ingresos al hogar, es percibida desde el afuera y por ella misma desde el sentimiento de “inutilidad”. Algo similar sucede con respecto a las mujeres con un trabajo precario, en donde la imposibilidad de acceder a ese ideal de éxito en lo laboral no sólo frustra sino que genera sentimientos de indignidad e impotencia.

Según De Gaulejac, “La identidad tiene dos componentes; el respeto de sí y el respeto que los demás tienen de uno. (...) Alude a la idea de reciprocidad. Lo que produce humillación es la negación del estatuto humano, de semejante, de ciudadano o sujeto (Ruiz, 2002,p. 123). La falta de reconocimiento social implicaría entonces una dificultad en la autovaloración, en la medida en que, simbólicamente, lo que el otro devuelve y asigna es lo que configura la identidad.

Algunas variables que hacen a la vulnerabilidad a la que se hayan expuestos los trabajadores precarios, remite a la dificultad en el acceso a los trabajos formales; la edad es un factor relevante a la hora de conseguir un trabajo más o menos estable, ya que en este momento histórico se prefieren cuerpos jóvenes y ágiles.

Otra variable es el nivel educativo, se requiere de trabajadores con mucha formación técnica pero poca experiencia en trayectoria laboral. En muchas ocasiones, las empresas contratan personas con menos experiencia desde una conveniencia que tiene que ver con lo económico; puede resultar más sencillo otorgar una menor remuneración a aquel que es inexperto, pero quien además posee mayores habilidades técnicas.

El advenimiento de la tecnología es también una variable, que ha dejado a muchos sujetos sin empleo, o por fuera del sistema de trabajo formal. El desempleo trae una gran carga de angustia, lo cual termina produciendo en algunos casos patologías como la depresión.

Muchas de las personas que realizan trabajos precarios lo vivencian como desempleo aunque el mismo requiera de muchas horas e implique gran esfuerzo, este tipo de trabajo les permite el sustento, pero a su vez en muchos casos les produce desmotivación por no ser empleos estables, no tienen la posibilidad de crear lazos y generar vínculos que le ofician de sostén.

Al decir de (Montero, 2004) para que estas personas logren el bienestar, se requiere de relaciones de apoyo; esto se puede lograr mediante la satisfacción de las necesidades relacionales: afecto, cuidado y compasión, vinculación y apoyo. Es entonces imprescindible para abordar tal situación implementar políticas justas, que aseguren el acceso a servicios de atención de seguridad, de justicia en las prácticas laborales, de amparo contra la explotación.

Hipermodernidad: identidades polarizadas

Una vez que se ha reconstituido la crisis, el desempleo deja de ser el problema central; pasa a estar en primer lugar la incertidumbre laboral, la precarización del trabajo, los modos de organización del trabajo, entre otros.

La hipermodernidad es un momento histórico que trae consigo la vertiginosidad del tiempo y la transformación tecnológica, con una masificación de un universo virtual que refleja una real “mutación civilizatoria” (Araújo, 2002) que afecta todos los ámbitos de la vida. En este mundo hipermoderno los procesos identificatorios se complejizan, construyéndose identidades polarizadas y dualizadas, en el cual una realidad difiere enormemente de la otra.

En este contexto, el tiempo-espacio del trabajo es diferente a otros momentos históricos; surge el ciber-trabajo, un tiempo tecnologizado y virtual, en donde los ciclos vitales también se transforman (trastocando el ciclo día-noche, la casi ausencia de espacios libres, etc), en lo que se ha denominado como sociedades manageriales (del manager y la gestión de la empresa-excelencia) “...Ese tiempo-espacio social del trabajo hipermoderno que irrumpe haciendo co-habitar a la vez, lo maravilloso del avance científico, con lo siniestro de ciertas tecnologías secretas. No por ellas en sí mismas, sino por su utilización, sin conciencia...”( Araujo,2013, p.34)

En Occidente emergen las sociedades tecnologizadas, en donde la masificación de la tecnología demanda de parte de los trabajadores una permanente adaptación a las nuevas formas de organización del trabajo, requiriendo de éstos un importante esfuerzo, siendo imprescindible la actualización y decodificación constante de la información.

En todo este contexto se gesta la excelencia de unos y la exclusión de otros, dejando atrás al sujeto colectivo de la modernidad, dando primacía al individualismo exacerbado. La lógica de uno dista enormemente de la lógica del otro, generándose polos opuestos en mundos laborales completamente diferentes. Se posiciona al otro como un enemigo, pasando de la lucha de clases a la lucha de lugares, otorgándole primacía a la figura del manager como ideal a querer alcanzar (De Gaulejac,1993).

Se genera un proceso de individualismo exacerbado, en donde el otro no se percibe como un compañero sino como un competidor, esto genera vínculos que constituyen identidades y subjetividades diferentes de otros momentos históricos. Toda la sociedad está inmersa en estos cambios, en donde esta mutación de los vínculos y sus transformaciones a nivel inter e intrasubjetivo generan incluso patologías como estrés, born out, ataque de pánico, etc.

A partir de estos cambios, se genera una reestructuración en el mundo del trabajo, en donde por un lado están los trabajadores super integrados e hiper calificados, con cargos muy prestigiosos y sueldos muy elevados, los llamados “winners”, donde la identidad de estos sujetos se constituye en base a lo explicitado anteriormente; y por otra parte se encuentran aquellos trabajadores poco calificados; expuestos a la exclusión, la pobreza, precariedad y flexibilidad laboral, denominados habitualmente como losers o perdedores.

En lo que respecta a los winners, se trata de aquellos trabajadores que experimentan de manera más intensa la competitividad, en donde se hace necesaria una adaptación constante, estos trabajadores viven conectados al trabajo de forma permanente. Si bien se trata de cargos de excelencia, en general profesionales y cargos gerenciales, estos trabajadores se dedican a vivir el momento presente, el día a día. El trabajo requiere de varias horas al día y estos trabajadores están dedicados de lleno a dicha actividad, haciendo a un lado el tiempo libre, procurando ser cada vez más excelentes para no quedar fuera; esto va generando un gran desgaste psíquico, la identidad de estos sujetos se va construyendo en base al parámetro de la excelencia.

En contraste, se encuentran los perdedores que concentran a aquellos trabajadores que están inmersos laboralmente en determinadas ocupaciones de inferior prestigio e ingresos. Las condiciones de estos trabajadores son precarias; experimentan flexibilidad laboral, trabajan de forma zafra, y de manera informal (por ejemplo en las llamadas “changas”), en actividades autogeneradas; si lo hacen de manera formal es con mucha rotación, muchas veces estos trabajos son a término, con tiempos cortos, con la imposibilidad que esto genera de consolidar vínculos estables y sólidos. Esta imposibilidad de acceder a trabajos mejor valorados socialmente



y mejor remunerados, en algunas ocasiones se puede asociar a un nivel educativo bajo (Weisz, 2012).

Dicha polarización es de suma importancia, ya que la identidad se constituye a partir de lo relacional. Entonces, en la medida en que los vínculos son inestables y frágiles, la identidad de los trabajadores se fragiliza, conformándose de manera diferente a otros momentos sociohistóricos.

El modelo de desarrollo del capitalismo actual, la precarización de trabajo, constituyen factores que han incrementado la desigualdad social, el trabajo posiciona al sujeto en un lugar determinado en la sociedad, y estos lugares están cada vez más marcados e impregnados de significantes sociales. Asimismo, si bien se plantea una brecha entre ambos polos, pareciera ser que ésta es cada vez mayor; la polaridad está cada vez más marcada.

Es importante destacar que la incertidumbre con respecto a qué puede ocurrir en el futuro está presente en ambos polos; tanto en los winners como en los losers. En ambos, se halla como factor común la incertidumbre, expresada en la falta de estabilidad y de continuidad laboral, quedando de alguna manera desdibujada la idea de futuro, predominando la idea de un futuro fluctuante e incierto. Sin embargo, en aquellos trabajadores que integran la población en situación de pobreza y vulnerabilidad, la incertidumbre genera efectos diferentes, vivenciados de manera más intensa, por el hecho de que no disponen de otro soporte que les permita sostener, disminuir o amortiguar los riesgos y repercusiones de la incertidumbre.

Los cambios y transformaciones en el mundo laboral dan lugar a una nueva concepción del mundo del trabajo, generando vínculos flexibles, precarios y en continua competencia. Se halla, en algunos casos, la angustia ante la idea de perder el trabajo. Esto genera a nivel del mundo psíquico, emocional y afectivo, un estrés constante que produce, en muchos casos, enfermedades psicosomáticas.

En estos tiempos se han transformado de manera vertiginosa los modos de vida, emergiendo nuevas maneras de vinculación y comunicación, nuevas temporalidades, conflictos sociales y patologías que están a la orden del día.

En el núcleo de la nueva economía, comprendida como modelo productivo, se instaura una promesa de felicidad individual con todo lo que ello implica, de éxito garantizado. Esta promesa no es verdadera sino falsa, como todos aquellos discursos dominantes. Promovidos por la esperanza de alcanzar la felicidad y el éxito, muchos jóvenes que trabajan y que están altamente formados han accedido a trabajar en condiciones de un importante estrés, de sobreexplotación, inclusive hasta con salarios muy escasos, encantados por una representación no muy clara, en la que el trabajador es declarado como un empresario de sí mismo, en donde prima la competencia. En este contexto, para vencer en la competencia económica resulta imprescindible reducir al mínimo lo humano, potenciando los automatismos agresivos y competitivos. (Berardi Bifo, 2003)

Se crean ilusiones donde la mayoría son efímeras, estos modos de existencia tienden a constituirse como modelos idealizados que implican formas de vida, producción de subjetividad, con cada vez más garantía de inestabilidad y fragilidad.

Las transformaciones en el mundo del trabajo exceden lo laboral, impactando en el entramado social; la polaridad presente en el trabajo trae consigo una polaridad social, en lo que se presenta como una sociedad dual y precarizada. Se trata de una crisis en la estructura social, que atraviesa la subjetividad y la construcción de identidad.

Cabe destacar además que si bien existen varios componentes imprescindibles en lo que refiere a la construcción de identidad, el espacio-tiempo cumple un rol central en el despliegue y desarrollo de los procesos identitarios, ya que es en estos espacios donde se crean saberes, se juegan roles, se articulan vínculos, se adoptan creencias y actitudes, se establecen lazos y distintas maneras de enunciación por parte de los trabajadores.

El espacio físico donde se desarrolla el trabajo también habilita de alguna manera a sentirse parte, esto permite desarrollar sentimiento de pertinencia y respeto a la otredad. Es entonces

importante considerar que el trabajo en el contexto hipermoderno, se desarrolla en ámbitos muy variados, ya que se tienen varias ocupaciones a la vez, se rota de un trabajo a otro, o no se trabaja en un lugar estable y se trabaja en domicilio. Al ser degradada la posibilidad de relacionamiento entre los trabajadores, en muchos casos se pretende erosionar la posibilidad de organización sindical.

Todos estos cambios producidos en la organización del trabajo, dan cuenta de la mutación que sufre el sistema, la flexibilización laboral como instrumento del sistema imperante trae aparejado las condiciones de sobreexplotación de los trabajadores. La súper-explotación, las largas jornadas de trabajo, casi sin descanso, son habituales y usualmente naturalizadas por los trabajadores. Esto a su vez, vulnera claramente los derechos de los mismos.

### **Trabajo precario e incertidumbre en la hipermodernidad**

En el contexto de la sociedad hipermoderna, prima el trabajo precario como forma de organización laboral.

Al problematizar esta temática, es fundamental tomar en cuenta el término precariedad; por precariedad se alude a las condiciones de trabajo. "...se lo suele definir por la incertidumbre que acarrea en cuanto a la duración del empleo, la presencia de varios posibles empleadores, una relación de trabajo encubierta o ambigua, la imposibilidad de gozar de la protección social y los beneficios que por lo general se asocian con el empleo (...), obstáculos considerables tanto legales como prácticos para afiliarse a un sindicato y negociar colectivamente..." (OIT, 2012, p.32)

El trabajo precario es un término que se utiliza para describir aquella modalidad de trabajo que se realiza en la economía formal e informal, y que se caracteriza fundamentalmente por la percepción de incertidumbre e inseguridad, que no ofrece protección social.

Cabe destacar que la precariedad laboral es una dimensión que nos atraviesa a todos, integra aquellas personas que están en el polo managerial, trabajadores calificados y que trabajan por

cuenta propia. Estos sujetos tienen un tipo específico de precariedad, por ejemplo en el caso de perder el trabajo cuentan con determinado sostén y apoyo. En cambio aquellas personas que están posicionadas en los sectores de pobreza y vulnerabilidad tienen otro tipo de precariedad, la misma trae aparejada otras fragilidades.

Una dimensión esencial a considerar, a la hora de determinar si un trabajo es precario, es la escasa certeza sobre la continuidad laboral. En algunos casos, aunque no en todos, se asocia a trabajos con salarios que pueden ser bajos, e inestables.

El trabajo precario puede dificultar a la hora de tomar decisiones a largo plazo, en lo que es la organización de la vida de los sujetos, debido a la falta de estabilidad y continúa inseguridad. Una de las características fundamentales de la precariedad radica en la imprevisibilidad de la vida laboral, lo cual se traduce en imprevisibilidad para la vida cotidiana. Este impacto en lo cotidiano, que se genera a partir de una gran ansiedad e inseguridad laboral y de ingresos, limita la planificación a futuro.

La vivencia con respecto al trabajo precario es diferente de acuerdo a la singularidad del contexto y de cada sujeto. El trabajo precario no necesariamente implica sufrimiento ni recursos económicos escasos. La experiencia de cada quien con respecto a la precariedad laboral puede llegar a ser muy diversa, ya que es atravesada por factores que hacen a las condiciones materiales de existencia y a la subjetividad de cada persona.

En muchos casos, el trabajo en condiciones de precariedad se naturaliza, se vive como algo "normal", cotidiano. Es por ejemplo el caso de muchas personas que están acostumbradas a pasar de un trabajo a otro, siendo contratadas por diferentes empresas de forma zafra. En cambio, en quienes se adaptaron a tener trabajos estables, esta incertidumbre puede llegar a vivenciarse con gran angustia y frustración.

Estas vivencias van a estar atravesadas entonces de acuerdo al contexto, la edad cronológica de los sujetos, al nivel educativo, socioeconómico, tipo de actividad que realicen, entre otros. Se

puede afirmar que la construcción identitaria no es la misma para todos, no todos los trabajadores que han experimentado el trabajo precario tienen la misma vivencia.

En este momento histórico, existe una importante tendencia al creciente trabajo esporádico, así como a la tercerización; esto se manifiesta de maneras diferentes según el contexto y los antecedentes del mercado laboral local (Oit, 2012). El aumento en la inseguridad laboral es omnipresente, su magnitud y significado impacta en la construcción de identidades y reconstrucción de subjetividades.

En algunos casos, se contrata por medio de agencias de empleos ocasionales o temporales, constituyendo contratos de trabajo eventual, de tiempo parcial o zafra, y con una relación empleador-empleado que puede ser algo ambigua o no específicamente directa.

En relación a los efectos psicosociales que genera el trabajo precario, se puede pensar desde varios aspectos; es muy frecuente encontrar en trabajadores de diversas ocupaciones el estrés laboral que se padece de una manera intensa y continua, incidiendo en la salud física y mental; ansiedad, depresión, enfermedades gastrointestinales y cardíacas, entre otras.

Es importante destacar que si bien el trabajo precario es característico en el mundo laboral actual, los efectos de la precariedad serán diferentes de acuerdo a la singular construcción psíquica de cada sujeto y el contexto laboral.

Según Tomassina:

“... hay trastornos que se ven vinculados al estrés, que son los trastornos digestivos, por ejemplo; colon irritable, las gastritis, reflujo, este tipo de patología que está muy vinculada a lo psicosomático. También podría haber algún tipo de dermatitis. En otro sector social, en los trabajadores no especializados, podríamos hablar de dermatitis de contacto. En los trabajadores de la construcción y en el sector rural es típico, pero ahí es por exposición laboral” (Araújo, 2013, p.54)

Un efecto psicosocial frecuente es el Síndrome del Burn out o síndrome del quemado; se trata de efectos que se generan a partir de la sobreexigencia a la que se ven constantemente expuestos

los trabajadores precarios, como respuesta al estrés laboral continuo. Tiende a presentar una mayor prevalencia en aquellas actividades que implican un constante contacto con el público.

Otro efecto habitual en la actual organización del trabajo es el Mobbing o acoso psicológico laboral; éste consiste en una violencia psicológica extrema que se ejerce sobre el trabajador de manera sistemática, de parte de una o varias personas, en un lapso de tiempo prolongado. Esta violencia psicológica se utiliza como estrategia para que el sujeto se aísle a sí mismo o sea excluido del grupo laboral.

También se presenta en muchos casos el abuso sexual como un efecto psicosocial del trabajo en precariedad; implica comportamientos de carácter sexual, que afectan la dignidad de las personas, de manera explícita o implícita, generando un ambiente laboral hostil, humillante e intimidatorio para quien lo vive.

En muchos casos, en el empleo precario se visualiza el acoso institucional, donde el trabajador es constantemente evaluado; esto deriva en un acoso que es amparado en la legalidad, generando inseguridad, baja autoestima, depresión y desmotivación (Fernández García, s.f.)

Un importante efecto psicológico que siempre trae aparejado los estados de estrés es la ansiedad; se trata de un estado emocional que surge como respuesta al estrés, como una alerta ante un peligro. Se convierte en patológica cuando excede la respuesta adaptativa, dándose de manera continua, prolongada en el tiempo. En muchos casos, se manifiesta como miedo, impotencia, desvalorización, baja autoestima, tensión, nerviosismo, cansancio físico, depresión, enajenación, dificultades para alimentarse y descansar, etc.

Un reciente informe (Fernández García, s.f.) divulga un importante aumento del estrés laboral asociado a los contratos de trabajo precarios, a los tiempos acelerados con plazos cortos y sobreexigencia, a la violencia y al acoso que atraviesan todos los sectores, a la baja autoestima, depresión y ansiedad que en muchos casos conducen al suicidio, a la dificultad para sostener una vida personal más amena a causa del trabajo en exceso y de horarios inflexibles.

Hay trabajadores precarios que se ven enfrentados a la pobreza y a la exclusión; en este contexto de fragilización de los vínculos, la explotación, la estigmatización y la desvalorización que la sociedad les trasmite, posiciona a estas personas en un lugar desfavorable, generando efectos sobre la construcción identitaria. En este proceso, la sociedad los estigmatiza y ellos mismos se posicionan en ese lugar desvalorizado.

En muchos casos, la subjetividad e identidad de estas personas se halla atravesada por la violencia simbólica de la exclusión social, la desvalorización y la baja autoestima.

### **Consideraciones finales: precariedad laboral y construcción de subjetividad en la hipermodernidad**

Las subjetividades contemporáneas están fuertemente atravesadas por la preponderancia de la precariedad. Dicha primacía se relaciona y contrapone con momentos sociohistóricos precedentes que se caracterizaron en modo contrapuesto: la certidumbre y la homogeneidad que caracterizaron la modernidad.

Cabe destacar que las transformaciones en las relaciones interpersonales que trae aparejado las nuevas organizaciones del trabajo generan consecuencias a nivel identitario y subjetivo. En la medida que las identidades no se “pierden”, sino que se configuran en un proceso constante, la identidad se deconstruye y a su vez se constituye a partir de estas transformaciones.

Estos procesos que se desarrollan en el tiempo, que cobran sentido y se producen en lo social; estos procesos subjetivos hacen que las personas cambien y esto se hace notorio en el posicionamiento que toman los sujetos, esto implica una nueva forma de vivir en el mundo, de comprenderlo y de subjetivarlo.

Para comprender estos efectos, es importante cuestionarse, acerca de las implicancias que los cambios permanentes en el mundo del trabajo, tienen sobre lo subjetivo e identitario. Ese cambio continuo, asociado a la inestabilidad, genera incertidumbre.

Las repercusiones que trae aparejado la precariedad y la incertidumbre son diversas; no todos los sujetos lo vivencian de la misma manera. Los efectos de la precariedad tienen que ver con diversas dimensiones; la construcción singular psíquica de cada sujeto, con la franja etárea, las vivencias singulares de cada trabajador, las primeras experiencias laborales de acuerdo al contexto histórico, los valores transmitidos generacionalmente, la posición socioeconómica, entre otros.

Será diferente entonces, por ejemplo, la vivencia de precariedad para un joven que se inserta en el mundo laboral en la actualidad, quizás con preceptos hipermodernos ya adquiridos y hasta naturalizados, que quien ya socializó y tuvo sus primeras experiencias laborales en la modernidad.

Asimismo, los efectos psicosociales varían de acuerdo al imaginario social, el cómo han sido transmitidas las trayectorias laborales de los padres; por ejemplo, puede suceder en aquellos casos en que los padres y/o abuelos transmiten una referencia idealizada del trabajo estable y sólido de la modernidad; esta creencia impacte fuertemente en aquellos jóvenes que se insertan en el mundo laboral con estas expectativas, encontrándose en la actualidad con un panorama bien distinto al moderno, donde predomina la flexibilidad y precariedad, continua rotación, entre otros. Es así como se puede pensar en la incidencia de los valores familiares y lo que se transmite de generación en generación; en aquellas familias en que el éxito laboral-profesional se asocia directamente a la estabilidad, la actual organización del trabajo de este tiempo hipermoderno es fuente de gran frustración.

Será entonces afectado de forma diferente quien ya trae incorporada la idea y la vivencia de la fragmentación posmoderna, quien en cambio socializó sus primeras experiencias laborales en un contexto moderno, así como también aquel a quien se le ha transmitido de manera generacional los valores laborales de la modernidad.

Por otra parte, es también diferente la vivencia de la precariedad en los diferentes sectores socioeconómicos; la construcción de la subjetividad es disímil en quien vivió siempre en la



precariedad y que viene de generaciones de pobreza y vulnerabilidad (y no conoce otra realidad), que quien viene de otro sector social, que también tiene un trabajo precario pero tiene determinado sostén y apoyo económico.

Si bien estos efectos psicosociales van a través de los sujetos de diferente manera, hay ciertas patologías de determinadas épocas a las que todos estamos expuestos. Dichos efectos integran trastornos psicológicos como: “ansiedad, depresión, insatisfacción y desmotivación laboral, problemas en las relaciones personales, baja autoestima, trastornos psicosomáticos, trastornos mentales, incapacidad para tomar decisiones y concentrarse olvidos permanentes, hipersensibilidad a la crítica y bloqueo mental.”(Fernández García,s.f. p.30)

En este momento histórico el trabajo ya no es la gran dimensión generadora de identidades homogéneas y estables, ya que predomina la incertidumbre, todo el tiempo se cambia de un empleo al otro; es por esto que hoy en día prevalece una gran fragilidad identitaria, ya que esto repercute en los sujetos produciendo fragilidad psíquica.

Ante estas problemáticas, considero que sería pertinente crear espacios que oficien como soporte social para aquellas personas que se hallan expuestas a la vulnerabilidad, en los cuales se puedan reducir los riesgos psicosociales. Esto se podría abordar, por ejemplo, a través de encuentros terapéuticos, actividades didácticas formativas, espacios de información que trabajen estas problemáticas, brindando así a los trabajadores herramientas para enfrentar la situación de precariedad que atraviesan, de modo tal de promover la ruptura del aislamiento y la disminución de la privatización del sufrimiento y de la culpa.

## Referencias Bibliográficas

- Agulló, E. (2014) .Jóvenes, trabajo e identidad .Universidad de Oviedo Servicio de publicaciones.
- Agulló, E. (1998). La Centralidad Del Trabajo en el proceso de construcción de la identidad de los jóvenes .Una aproximación psicosocial. Recuperado de <file:///C:/Users/Usuario/Downloads/1511.pdf>
- Araújo, A.M. (2002). Impactos del desempleo. Transformaciones en la subjetividad. Montevideo. Argos.
- Araújo, A.M. (2007). Trabajo y no trabajo .Montevideo: Nordan-Comunidad Araújo, A.M. (2011). El sujeto en el tiempo: vértigo e incertidumbre en las sociedades hipermodernas actuales. En Sociología clínica: una epistemología para la acción. Montevideo. Psicolibros.
- Araújo, A.M. (2012). Sociología clínica una epistemología para la acción .Montevideo: Psicolibros.
- Araújo, A.M. (2013). Todos los tiempos el tiempo .Trabajo ,vida cotidiana e hipermodernidad .Montevideo. Psicolibros.
- Aubert, N. De Gaulejac, V. (1993). El Coste De La Excelencia ¿Del Caos a La Lógica o de Lógica Al Caos?. Paidós. Ibérica.
- Bauman, Z. (2003). Modernidad Líquida. México Ed. Fondo de Cultura Económica.
- Benedetti, A. (2002). Impactos del desempleo. Transformaciones en la subjetividad. En A, M ,Araujo ,El golpe...¿sólo en la nuca? Montevideo. Argos
- Berardi Bifo, F. (2003). La fábrica de la felicidad. Madrid. Traficantes de sueños.
- Castel, R. (1977). La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salario Buenos Aires Paidós.

Díaz, X , Godoy, L y Stecher, A. (2005). Significados del trabajo, identidad y ciudadanía .La experiencia de los hombres y mujeres en el mercado laboral flexible. Recuperado de <http://www.cem.cl/pdf/cuaderno3.pdf>

Fernández García, R. (s.f.). La productividad y el riesgo psicosocial derivado de la organización del trabajo. Alicante. Club Universitario.

Fernández, J.y Protesoni, A, L. (2003) Psicología Social: Subjetividad y Procesos Sociales. Montevideo (s.n)

Folle, M. y Protesoni, A .(2002).Tránsitos de una psicología social .Montevideo Psicolibros-Waslala.

Foucault, M. (2003). Vigilar y castigar. Buenos Aires: Siglo XXI.

Freud, S. (1930). El malestar en la cultura .Buenos Aires. Amorrortu.

Lipovetsky, G. (1994). El crepúsculo del deber. Barcelona: Anagrama.

Lipovetsky, G. (1998). La era del vacío. Barcelona: Anagrama.

Margel, G. (2010). Desentrañar el sentido del trabajo hacia la comprensión de las configuraciones identitarias. México, DF. El colegio de México, centros de estudios sociológicos.

Marx, K., Engels, F. (s.f). El capital. Tomo 1. El proceso de producción del capital. Recuperado de <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/capital1/5.htm>

Max-Neef, M. (1993).Desarrollo a Escala Humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones. Montevideo. Nordan-Comunidad.

Montero, M. (2004).Introducción a la psicología social Comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos. Buenos Aires. Paidós.

Neffa, J. (2003). El trabajo Humano. Contribuciones al estudio de un valor que permanece. Buenos Aires. Lumen.

Oficina Internacional del Trabajo (OIT), Oficina de Actividades para los Trabajadores (ACTRAV) (2012). Del trabajo precario al trabajo decente: documento final del simposio de los trabajadores sobre políticas y reglamentación para luchar contra el empleo precario. Ginebra. (SIN EDITORIAL)

Riesnik, P. (2001). Trabajo una definición Antropológica. Recuperado de: <http://www.razonyrevolucion.org/textos/revvyr/prodetrab/ryr7Riesnik.pdf>

Ruiz, M. (2002). Impactos del desempleo. Transformaciones en la subjetividad .En A, M, Araujo, Desde lo Real a lo identitario, las caras del desempleo. Montevideo. Argos.

Sánchez, Vidal, A (2002). Psicología social aplicada. Madrid:(s.n).

Weisz, C. (2014). Continuidades y rupturas psico-socio-simbólicas del sentido del trabajo: ocupaciones autogeneradas y autogestionadas colectivamente. Recuperado de <http://revista.psico.edu.uy/index.php/revpsicologia/article/view/190/175>

Weisz, C. (2012). Obstáculos y facilitadores psico-socio-simbólicos en las ocupaciones autogeneradas y autogestionadas colectivamente. Estudio de casos del Programa Incubadora de Emprendimientos Asociativos Populares (INCOOP-UEC-CSEAM) (Tesis de Maestría de Sociología Inédita). Facultad de Ciencias Sociales.